



Carta Mortuoria del Señor

GERARDO DE J. VELASQUEZ M.

Circunstancias ajenas a nuestra voluntad han retardado estas notas biográficas de nuestro inolvidable GERARDO DE JESUS VELASQUEZ MEJIA, muerto en Medellín el día viernes 27 de agosto de 1982.

Había nacido el día 14 de marzo de 1914 en Armenia (Antioquia), de un hogar profundamente cristiano, formado por Joaquín Emilio Velásquez y Belarmina Mejía de Velásquez.

Cerca del año 1930 se trasladó toda la familia a Medellín, para atender a la educación de los hijos, y Gerardo, de unos catorce años, era asiduo asistente al Oratorio Festivo del Sufragio, donde ya era notoria su servicialidad, y donde empezó a conocer y a enamorarse de Don Bosco. Aquí mismo sufrió una caída de un árbol de mango, de lo que toda la vida llevó un recuerdo en su espalda que le quedó un poco deformada, pero que no le impedía sus múltiples oficios.

En 1935 entra al Instituto Pedro Justo Berrío, como alumno de sastrería. Allí se multiplica en todo, con la alegría y habilidad que lo distinguirían siempre, especialmente en el deporte, en la Gimnasia y en todo lo que significara esfuerzo, agilidad, escalar alturas, una instalación eléctrica en la cúpula del templo de María Auxiliadora, etc., montar en bicicleta, pero no en forma común, sino sueltas las manos, o parado en la barra.

Terminado su aprendizaje de sastrería, pide ir a Mosquera y es recibido después en el noviciado, que cumple parte allí y parte en Usaquén a donde fue trasladado el Noviciado. Su primera profesión la emite el día 18 de enero de 1939. Aunque sus votos fueron entonces temporales, según las Constituciones, su corazón lo entregó para siempre a Dios y toda su vida a la Congregación Salesiana, que tanto amó.

Gran parte de su vida religiosa la pasó en el Lazareto de Contratación, donde se entregó por completo al apostolado con los niños enfermos, a los que trató de alegrar en su vida. Además de enseñar Sastrería, que era su oficio, era el factotum perfecto, que sabía de instalaciones eléctricas, arreglaba todo trabajo de plomería, arreglaba relojes, peluqueaba a los niños enfermos, los asistía en el dormitorio, en el comedor y en el patio. Les organizaba los paseos semanales y les hacía competencias en bicicleta.

Solamente aparecen en su hoja de vida dos traslados de casa, cada uno de un año, a Mosquera y al otro Lazareto de Agua de Dios, en 1950 y 1951 respectivamente, para regresar a su "Contrata", como la llamaba cariñosamente.

Desde el año 1961 le encontramos como uno del personal del Colegio del Sufragio, hasta su muerte.

Escribir en pocas líneas sobre su espíritu religioso, sus múltiples actividades y peripecias en todas las ocupaciones que desempeñaba, su carácter, etc., es poco menos que imposible. Pero sintetizando, fue un religioso humilde, sencillo, muy pobre en el vestir y en sus gastos, obediente, siempre ocupado, cumplidor de sus deberes religiosos, siempre pendiente de ayudar; agudo y gracioso en sus charlas en el comedor, respondía con habilidad y picardía paísa los muchos gracejos que le decían. De buen comer, se acostaba pronto, pero estaba en pie antes del amanecer.

Su único deporte ya en los últimos años, y que le gustó toda la vida, fue el ciclismo, reducido, al fin, a salir los domingos muy de mañana, después de cumplir con sus deberes religiosos, a diversos sitios, especialmente difíciles porque casi todos eran de escalar montañas: El alto de Minas, Boquerón, La Ceja, Guarne. Era puntualísimo en estar de regreso al medio día, para asistir con la comunidad al comedor, satisfecho y narrando a todos sus andanzas.

El día 22 de agosto pasado, después de varios domingos de no poder salir por un dolor muy fuerte que le había aparecido en un brazo, habiendo mejorado, programó salir a Guarne y madrugó un poco más. No sabemos a ciencia cierta qué le haya ocurrido. El hecho fue que después de medio día, sin haber regresado, empezaron a preocuparse los superiores de la casa y al averiguar a la Oficina de Tránsito, fuimos informados que se hallaba accidentado en Policlínica. Se le trasladó de inmediato a una clínica y después de varios exámenes, en estado de inconciencia, el neurólogo comprobó la parálisis del lado derecho. Operado en la misma noche de un fuerte hematoma cerebral, dio esperanzas de una franca mejoría, si bien no recobró nunca el pleno conocimiento. Pero el día viernes su estado empeoró desde la madrugada; encontrado sumamente grave por el médico, fue intervenido nuevamente. Desde el momento se declaró un caso perdido, pues el hematoma era total. A las once de la noche moría, entregando su bella alma al Señor.

Su deceso causó una verdadera consternación, tanto para nosotros sus hermanos de comunidad, como para cuantos le conocieron y para los alumnos, que le tenían como un amigo. Ya no oíamos sus gracejos y sus bromas en el comedor.. Varios de ellos: "Ya se acabó este negocio", "No hay problema", "Con esto (el almuerzo o la comida), hasta mañana", o "hasta la fatiga de las cuatro" (de la tarde). Para decir una afirmación siempre contestaba: "está bien".

Ya no le oíamos silbar desafinado o andar fuerte y a grandes pasos por los pasillos y corredores. La verdad era: Había volado como un alegre pajarito a las alturas, a la casa del Padre.

Sus funerales fueron una verdadera apoteosis. Todos, salesianos, alumnos, scouts, Hijas de María Auxiliadora, personas vecinas. Fue como la exaltación de la humildad, de la pobreza, del trabajo, de su servicialidad.

Hermano Gerardo, "siervo bueno y fiel, pasa al banquete de tu Señor".
Señor, danos como él, muchos y santos Coadjutores Salesianos.

PADRE LEON ARANGO